

LA EXPRESION RELIGIOSA DE LA CULTURA. EL PAPA JUAN PABLO II Y LA CULTURA CUBANA¹

Jorge Ramírez Calzadilla

El tema de la cultura humana es uno de los más abordados en los últimos tiempos por la literatura sociológica, antropológica, política y religiosa. Incluso se la emplea como categoría general para explicar procesos sociales y en ellos especialmente las profundas diferencias que se manifiestan entre distintos pueblos y sectores sociales dentro de un mismo país, por veces esquivando categorías y problemáticas sociopolíticas más conflictivas y comprometedoras.

Por su amplitud, el análisis de la cultura en general y en sus manifestaciones específico concretas se torna siempre complejo. En su tratamiento se presentan diversos problemas tanto conceptuales, por definiciones frecuentemente muy variadas o imprecisas, como problemas prácticos, derivados de determinadas interrelaciones con diferentes factores y de los procesos de cambio.

La visita de su Santidad Juan Pablo II a Cuba, entre el 21 y 25 de enero de 1998, trajo a colación el tema de la cultura y con especificaciones respecto a la sociedad cubana, el nexo con la religión, no tan complejo en sí mismo sino más bien con frecuencia enfocado unilateralmente o por veces ausente en los debates. El tratamiento de la cultura es reiterado en los textos eclesiásticos y en especial en el discurso papal. En Cuba fue el aspecto central en el encuentro del Sumo Pontífice con los intelectuales cubanos y referido directamente en sus homilias en Camagüey y en la Plaza de la Revolución, y en los documentos a los jóvenes, al episcopado y en el del encuentro ecuménico, es decir, en la mayor parte y en las más importantes de las actividades del

¹ Presentación en encuentro de ARA (Análisis de la Realidad Actual), Centro de Estudios del Consejo de Iglesias de Cuba, La Habana 1999

visitante. Desde diferentes ángulos, el tema de la cultura fue explicitado en tres de las presentaciones hechas por la jerarquía local durante la visita. Antes de comentar tales intervenciones me ha parecido necesario introducir algunas reflexiones previas.

La cultura y sus problemáticas

Históricamente la humanidad ha ido distanciándose, con una cierta relación geográfica, en grandes modelos culturales, o más bien socioculturales por cuanto se asocia a otros factores económicos y políticos específicos, que en sus rasgos más amplios incluye a diversos pueblos por encima de particularidades. Así es usual identificar la cultura occidental cristiana, la cultura oriental o asiática, la cultura arábica islámica, la cultura africana. Dentro de ellas a su vez hay distinciones localizadas como el occidentalismo europeo y el americano; el hinduismo, la cultura china y la japonesa; la fricanidad del norte del continente –propriadamente islámica- y la negra o subsahariana. Tal vez sea más apropiado distinguir en el mundo actual dos grandes culturas, la dominante de los centros de poder y la de las periferias del mundo subdesarrollado dominado.

Por otra parte, no puede desconocerse la existencia de culturas de síntesis, aquellas que aún teniendo una línea predominante son la resultante de procesos integradores. Esto es típico en América cuya cultura es el producto de la imposición de la cultura europea sobre la aborigen y en varios lugares con la importación forzosa de lo africano.

De tal mezcla se evidencian diferencias entre el norte anglosajón con varias minorías, indígenas, negra, latina, judía y otras, y el mundo latinoamericano de orígenes hispano-lusitanos, aborígenes y negros, junto al específicamente caribeño al que se suman la cultura francesa y la anglosajona.

Pero los modelos culturales y sus derivaciones son históricamente relativos, variables. De una parte, el vertiginoso perfeccionamiento de las comunicaciones ha hecho mayor la conexión entre culturas y, por tanto, los cambios por influencias externas. De otra, afloran resistencias y rechazos como reclamos de defensa de la autoctonía junto a

brotos xenofóbicos y el mantenimiento de discriminaciones étnicas y raciales, en los que intervienen factores económicos, prejuicios sobre bases biológicas y también subestimaciones de culturas tenidas por inferiores.

El movimiento indígena en América Latina lucha no sólo por el respeto a su derecho de conservar su cultura, sino también de un retorno, e incluso se habla de una “desevangelización”. La creciente emigración latina en Estados Unidos pugna entre una adaptación al medio y la preservación de su identidad.¹

En los cambios y persistencias culturales se verifican procesos graduales propios del curso natural; pero también otros generados por imposiciones más o menos violentas. De esto último es un ejemplo típico la conquista y colonización europea de América, con la evangelización prácticamente por la fuerza, y también el colonialismo occidental posterior y las fórmulas neocoloniales persistentes. La propia Iglesia Católica reconoce “sombras” en su actuación del lado de los conquistadores. El actual Papa, en Santo Domingo, en 1992, al conmemorar el siglo del inicio de la evangelización, pidió perdón por ello. Tal vez, al aceptar deficiencias en la primera evangelización se insista ahora en una segunda evangelización de cara al Quinto Milenio.

En condiciones de unipolaridad y de pretensiones hegemónicas de proyectos globalizadores que abarcan no sólo la economía y la política, sino también la cultura y hasta la religión, la conservación y cambios en modos de concebir la realidad y de exteriorizar las concepciones en formas de relaciones, en tradiciones y costumbres, adquieren especial connotación, mucho mayor que en otras circunstancias por cuanto de un lado hay esa imposición, movida básicamente por intereses económicos y, de otro, la previsión de que la identidad cultural y hasta la soberanía están en riesgo.

La propia definición de cultura es ya de por sí un problema al interpretarse de distintos modos; como lo es también la identidad cultural, muy debatida; las raíces culturales, por veces mal asumidas; la cultura nacional y otros. Un aspecto de interés lo constituye la cuestión referida a la religión en tanto manifestación de la cultura, que es lo que

realmente interesa en este trabajo, en particular el caso de Cuba, es decir, la incidencia religiosa en la cultura cubana, aprovechando las referencias de Juan Pablo II durante su estancia en el país, obviamente sin pretensiones de agotar el tema.

La cultura como producción humana. Religión e identidad y raíces

Las definiciones de cultura, como apunté anteriormente, son diversas, pero también contradictorias. No obstante hay coincidencia en muchos autores en considerarla producto de la actividad humana, lo mismo a nivel de la conciencia como en su exteriorización. Por tanto, es posible concebir la cultura espiritual –en un conjunto de concepciones, modelos ideales, explicaciones y sentimientos- y la cultura material en objetos, instrumentos, obras, etc. El hombre se distingue de los animales básicamente en que procesa creadoramente en su conciencia la información que recibe de su entorno y lo exterioriza con orientaciones hacia fines determinados en acciones verbales, conductas y en la producción material, de ahí la importancia principal de la cultura espiritual sobre la material, aunque epistemológicamente es tan erróneo una priorización excesiva de ella como el abordaje exclusivo de lo material.

La cultura revela las relaciones del hombre entre sí y con la naturaleza, es ante todo transformación de lo exterior y de sí mismo, pero también conservación de lo anterior que se hereda, pues la cultura es acumulativa también, trasciende su época y su espacio inmediato original.

En esas relaciones el hombre modifica la naturaleza, objeto cultural material por excelencia, la que por efectos de la acción humana se ha culturalizado en un proceso continuado. El hombre es un ser material y cultural. La cultura sólo es posible en un ser social.

De una inicial dependencia casi total, el hombre ha logrado dominar partes de la naturaleza, pero ese dominio no es tampoco total y, además, ha producido el absurdo de una gradual destrucción, contaminación y efectos que se han vuelto contra la propia

humanidad. En tal proceso el hombre se ha distinguido a si mismo de la naturaleza, pero ha llegado a una separación tal que le hace suponerse por encima de ella y también a pensar en algo no natural superior a él mismo. No obstante, ante la incapacidad de someter a la naturaleza y penetrarla en todos sus “misterios”, resurgen concepciones que la divinizan en ciertas formas panteístas confesas o no.

La religión es un integrante de la cultura, es cultura ella misma. Max Weber la considera una categoría cultural. Marx la relaciona con condicionantes sociales. Houtart nos habla de representaciones simbólicas y explica que las representaciones se refieren al hombre y a la naturaleza y a las relaciones de los hombres entre sí y de éstos con la naturaleza, y son variables al modificarse el objeto de representación y esas relaciones ². Entre autores que parten de concepciones religiosas se dan tendencias opuestas entre sí. En corrientes más bien fundamentalistas situar la religión en la cultura es entendido como reduccionismo. Para otros la religión es manifestación peculiar de la cultura, con lo sobrenatural como referente; así lo recogen, por ejemplo, los documentos de las Conferencias de Obispos Latinoamericanos de Medellín y Puebla.

Juan Pablo II en el “Encuentro con el mundo de la cultura” en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, definió la cultura como “aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando el conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que lo definen”. Más adelante insistió: “Toda cultura tiene un núcleo íntimo de convicciones religiosas y de valores morales, que constituye como su alma”³. Para el actual Obispo de Roma entonces, la cultura por definición es religiosa y siempre y sólo ella es productora de los valores y rasgos definitorios.

Desde la perspectiva de las Ciencias Sociales no es un problema esencial la existencia objetiva de lo sobrenatural y no le corresponden valoraciones sobre la superioridad de una religión sobre otra, ni acerca de la veracidad de una propuesta propiamente

religiosa. Ello forma parte del campo teológico. Lo que al conocimiento científico particularmente interesa es que existen ideas y teorías religiosas y creyentes que las incorporan a sus ideas con mayor o menor grado de convicción, además de que funcionan agrupaciones religiosas, con intereses específicos, a las que pertenecen personas y se realizan prácticas religiosas. Todo ello interviene en la vida de una sociedad, de sus grupos y de individuos.

Para el analista social la religión existe, integra la cultura y puede modificar las relaciones entre los hombres e instituciones humanas. Pero la experiencia indica que no todo en la cultura es religión, hay modalidades culturales por influjos de diferentes religiones y hay una cultura laica. Existen valores religiosos, heterogéneos y hasta contradictorios, que regulan conductas y relaciones, y con iguales funciones existen también valores laicos. Esto parece una verdad obvia, pero lamentablemente a veces se desconoce tanto desde un ángulo religioso como de uno no religioso. Han sido muy costosas para la humanidad la intolerancia y la incapacidad de comprender que valores laicos y religiosos más que la competencia pueden actuar en concertación.

Derivada de la cultura está la identidad cultural. Este es un tema que ha suscitado controversias por diferentes interpretaciones. Incluso se ha cuestionado su existencia objetiva, Pero un examen de la cultura prevaleciente en una sociedad –no necesariamente la políticamente dominante– permite encontrar rasgos que la identifican. Por supuesto es un concepto que posee la relatividad de toda construcción ideal. Hay en esa tal identidad diversos niveles, de modo que puede hablarse de la identidad de un pueblo, o de un conjunto de pueblos, pero también de grupos, sectores o clases sociales dentro de un pueblo. Hay, por ejemplo, características que identifican al cubano, al común de ellos, con independencia relativa de épocas y de lugar de residencia, que lo distinguen de los nacionales de otros pueblos.

Pero por mucho que se parezcan culturalmente, el intelectual cubano, de lo que fue la burguesía cubana. Las aspiraciones, costumbres, enfoques de la vida, conocimientos,

por lo general no son exactamente iguales. Lo mismo sucede entre un habanero y un santiaguero, y entre el cubano actual y el del pasado siglo o entre el que vive en el país y el que emigró. No obstante, se identifican como cubanos.

Cuba comparte con los países del área una historia y rasgos conformados en ella, por lo que no es absurdo pensar en una identidad caribeña y en una identidad latinoamericana, por muchas diferencias que existan entre las culturas de un país y de otro, según particularidades de cada uno.

Esas diferencias, y más aún las que hay entre individuos en tanto sujetos irrepetibles, no excluyen la identidad. Lo idéntico comporta la diferencia. Tampoco nada es absolutamente idéntico ni siquiera consigo mismo. Cabe recordar aquí lo que dijo el filósofo griego respecto a que nunca se bebe agua dos veces del mismo río. Ni el agua que pasó es la misma que corre después, ni el que la bebe es el mismo en ambas ocasiones. Pero la diferencia no es absoluta, entre dos seres bien diferentes entre sí hay siempre la identidad al menos en el ser. En todo se da la unidad dialéctica de la identidad y la diferencia. Considerando la relatividad, es posible encontrar entre distintas unidades semejanzas por encima de diferencias y en iguales términos la distinción con otros que no disponen de las mismas cualidades. En palabras de Cintio Vitier, intelectual cubano, católico: “Se une lo diverso.... la unidad no puede existir sin la diversidad que la hace posible.”⁴

La identidad cultural se conforma por un conjunto diverso de rasgos. Entre ellos, efectivamente está la religión. Eso ha hecho posible el distinguir la cultural cristiana de la islámica, o la judía, o la budista. Sin embargo, lo que diferencia al mundo cristiano del de las otras religiones, no es sólo el cristianismo, y a la inversa también. Seguramente hay más semejanzas entre dos latinoamericanos, aunque uno sea católico o protestante y el otro budista, que entre ellos y otros asiáticos que sean a su vez cristianos o budistas también.

De cualquier modo, objetivamente, la religión ocupa un lugar en la identidad cultural. El racionalismo cuestionó el valor de lo religioso y el marxismo, heredero del racionalismo, también lo sometió a severas críticas; pero los fundadores de esta teoría no llegaron al extremo erróneo de negar la influencia religiosa en la cultura, como lo hizo después el llamado ateísmo científico que, desconociendo la dialéctica, negó a la religión valores y capacidad de intervenir en la construcción de la nacionalidad en tanto regularidad. Se explica entonces la oposición de creyentes y de iglesias a ese ateísmo; pero no se justifica la reacción de rechazar en bloque la teoría marxista y su validez metodológica, ni el exagerar el papel de la religión al defender la idea de que la religión, o más bien una determinada religión, es el fundamento prácticamente exclusivo de la identidad cultural de un pueblo, una zona o una época. Tampoco es acertado absolutizar la crítica al racionalismo y la modernidad, pese a sus desaciertos, sin admitir lo que hay de positivo en ellos ⁵.

Asociado a la identidad se sitúa el problema de las raíces culturales. Con frecuencia se reconocen como caíces de la cultura de un pueblo los aportes más antiguos y sólo los más influyentes. Si se acepta la imagen, las raíces serían lo que soporta y alimenta algo. Significa que hay las primeras raíces y las otras que surgen después, unas más sólidas que otras, pero todas raíces. Cualquier cultura se va conformando gradualmente y no nace de golpe, al tiempo que va incorporando elementos de otras culturas y la original se modifica. Por supuesto que es posible y conveniente no confundir lo que no es raigal con lo que si lo es; pero tampoco desconocer raíces. Con tal cuidado sólo es posible definir una cultura en sus orígenes y en su evolución. Tampoco es real reducir las raíces culturales a lo religioso y menos aún a una única forma religiosa. Las raíces se construyen en un rico tejido de múltiples factores en diversidad de intensidades y, obviamente, en ellas se incluyen los aportes religiosos.

Religión y cultura cubana

Sobradamente se ha argumentado el carácter de síntesis de la cultura cubana. Con reiteración se ha dicho de ella que es tan mestiza como lo es el cubano biológicamente. Fernando Ortíz la comparó con el ajiaco criollo y la explicó por la transculturación en tanto proceso, no en un acto⁶. Es que como las demás la cultura cubana se enriquece, se modifica, tiene raíces, no una sola raíz, que se han ido formando en diversas épocas. Varios modelos socioculturales han intervenido sucesivamente en la conformación de la cultura cubana, y cada uno ha dado su aporte al campo religioso. Primero fue el aborígen cuya cultura, y de algún modo su religiosidad, como nos propone Daisy Fariñas, no desapareció totalmente con las comunidades étnicas y ha trascendido aunque en lo religioso en elementos que se adivinan en la religiosidad popular⁷.

El modelo español destruyó el anterior, impuso el catolicismo y evitó aunque no lo logró, la persistencia de las religiones del modelo africano importado por la esclavitud, del que derivaron las actuales formas popularmente conocidas por santería, palo monte, abakuá y otras menos extendidas.

El modelo norteamericano, influyente desde finales del pasado siglo alcanzando niveles significativos, y que logró ensayar un sistema neocolonial, incorporó el protestantismo reproduciendo la diversidad de denominaciones que le es característico a la sociedad estadounidense y también el espiritismo, nacido en las condiciones del pragmatismo de aquella sociedad, que se ha difundido en varias vertientes, algunas cubanizadas como lo son también las expresiones de origen africano.

Por otras influencias se han sumado al cuadro religioso cubano formas religiosas portadas por inmigrantes judíos, haitianos y chinos, además de expresiones filosófico religiosas orientalistas al estilo del bahaísmo y del teosofismo y más recientemente otras asociadas a prácticas yogas, hinduístas, budistas e islámicos en círculos reducidos. Con cierta aproximación el Papa en el Aula Magna habló de una cultura cubana propia “en cuya formación ha habido influencias diversas: la hispánica, que trajo el

catolicismo; la africana, cuya religiosidad fue permeada por el cristianismo; la de los diferentes grupos de inmigrantes; y la propiamente americana”.

Esta definición y las valoraciones que en esa misma ocasión hiciera Juan Pablo II sobre Félix Varela –además de las demandas a favor de la Iglesia local- recuerdan la divulgada afirmación: “de Roma viene lo que a Roma va”. Es evidente que hubo planteamientos del Sumo Pontífice recomendados por la jerarquía cubana, aunque el Vaticano pone sus propios énfasis y agrega otros aspectos; de no ser así posiblemente no hubiera hecho las claras denuncias al bloqueo y al neoliberalismo capitalista, cuestiones poco tratadas o ausentes en el discurso del episcopado cubano más interesado en lo doméstico que en los grandes problemas que aquejan a la humanidad presentes en las preocupaciones del Papa.

Desde otro ángulo el obispo de Camagüey, Adolfo Rodríguez Herrera, en la presentación del visitante tuvo coincidencias con el referido decursar religioso cubano al mencionar tres etapas en la evangelización: la de religiosos de España, la de ministros de otras confesiones cristianas preferentemente desde Estados Unidos y, añadió, la actual de laicos católicos en la preparación de la visita papal en una actividad casa por casa. Este prelado tuvo la única referencia de los obispos al pastorado protestante cuando anunció a los que estaban presentes en la celebración pública camagüeyana.

Respecto a la incidencia religiosa en la cultura y el lugar de las diferentes formas religiosas en la identidad cultural cubana, desde una óptica confesional lo usual es que “cada cual hale para su tizón”. Con poca objetividad, tal vez por falta de información o triunfalismos injustificados, se tiende a calificar al cubano de eminentemente religioso del tipo al que pertenece el declarante. No abundan análisis excepcionales como el que hizo Mons. Carlos Manuel de Céspedes, quien reconoció el no predominio formal del catolicismo en Cuba, cuyas membresías regulares han sido y son reducidas⁸. En otros documentos, por ejemplo en el final del ENEC celebrado en

febrero de 1986, se asegura una prevalencia católica en la religiosidad y un basamento de igual signo en la cultura cubana.

Por su parte, entre santeros, e incluso en algunos estudiosos de expresiones de origen africano, hay la opinión de que los cubanos son santeros. Aunque los miembros de iglesias protestantes han sido también minorías, hay no obstante algún que otro pastor que magnifica los reales resultados de la obra evangélica en Cuba presentándola en mayor extensión que lo alcanzado, como hay espiritistas que opinan que la creencia en los espíritus y la comunicación con ellos es lo que caracteriza la religiosidad del cubano.

La imagen que se tiene en el extranjero de la religión en Cuba es, para algunos, la de un pueblo católico, seguramente recurriendo a la colonización española y a lo que se manifiesta en Latinoamérica, o al menos lo que como norma se acepta. Para otros la santería es la más extendida, en lo cual debe haber influido la proyección turística y las raíces africanas olvidando las otras. Con una óptica política se expone que por la presión ateísta el pueblo inhibió su religiosidad y las autoridades daban por cierto que el cubano era ateo, lo que no se ajusta exactamente a la realidad. Ni el proceso de secularización de los años 60 y posteriores, ni el actual reavivamiento religioso tienen una necesaria y única lectura política. Pero esto es otro asunto que merece un tratamiento más extenso que aquí no es ocasión⁹.

Juan Pablo II en Cuba, cabe suponer que por influencia de sus consejeros locales, insistió en la idea de que la cultura cubana es básicamente católica, que el catolicismo es el indicador fundamental de la identidad cultural cubana y el elemento caracterizador de las raíces de la cubanía. En la Plaza de la Revolución dijo que “Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal”. En el encuentro con el mundo de la cultura afirmó que “el amor a Cristo... está en la raíz más honda de la cultura cubana”, que el pueblo cubano “en su historia ha visto la fe católica como fuente de los ricos valores de la cubanía”. En el documento al

episcopado aseguró: “esta fe forma realmente parte de la identidad y cultura cubana”. En Santiago de Cuba apuntó que “sin fe desaparece la virtud y la vida pierde su sentido trascendente”, y a los jóvenes recomendó que, ante “desafíos del momento presente”..., “vuelvan a las raíces cubanas y cristianas”, para alcanzar un futuro más digno y más libre.

El aporte cultural africano, componente básico de la cubanía, de contenido no cristiano, quedó así desconocido. De hecho se pretende invalidar también otras influencias religiosas, como en el mensaje papal a la Conferencia Episcopal cuando se mencionan “ciertas manifestaciones culturales de religiosidad que “no pueden ser consideradas como una religión... sino un conjunto de tradiciones y creencias”, en franca alusión a expresiones religiosas cubanas de origen africano, bajo una óptica peyorativa, aunque también a la religiosidad popular, lo que significa un retroceso en la valoración de estas manifestaciones muy extendidas en Cuba –y en América Latina– respecto a lo reconocido por Pablo VI en su “*Evangelii Nuntiandi*”, donde las calificara de fe auténtica. No hay tampoco referencias a influencias culturales y religiosas judía, espiritista, china ni caribeña.

El Cardenal Jaime Ortega, también en la Universidad, afirmó que “cultura cubana y fe cristiana no brotan ni se manifiestan en sus orígenes y posterior desarrollo como dos realidades distintas o antagónicas, sino bien articuladas entre sí”, lo que no altera la realidad histórica, pero pasa por alto muchas mediaciones que relativizan tal aseveración. Con una tónica de amplitud, el obispo Rodríguez habló de una “cultura del corazón que ha generado un cubano amistoso, afable, abierto”, calificado de “buena gente”; aunque después no fue preciso al añadir: “Necesitamos clarificar cada vez más plenamente nuestra identidad nacional volviendo a nuestras raíces”. El arzobispo santiaguero, Pedro Meurice, desde una perspectiva claramente política, censuró que algunos identifican cultura con ideología, obviando la crítica a la unilateralidad de identificar cultura con fe, y más aún con fe solo católica.

Acertadamente el Papa destacó la influencia del padre Félix Varela en la cultura cubana, en especial en Martí y la impronta espiritual dejada por ambos en el pueblo cubano, así como que el San Carlos ha intervenido “en el desarrollo de la cultura nacional”. Con independencia de su intensa vida religiosa y su compromiso con su fe, Varela marcó el pensamiento cubano por la búsqueda de la racionalidad y el modo científico de abordar la realidad frente al estrecho escolasticismo de su época y por su insistente temprana defensa del independentismo. Por su significación, el Gobierno cubano ha dado su nombre a la más alta Condecoración que se concede en el campo de la cultura (una medalla de la Orden Félix Varela fue obsequiada por Fidel Castro a Karol Wojtyla en su encuentro en el Palacio de la Revolución). A pesar de su ejemplaridad cívica y religiosa que, como recordara el Papa, llevó a Martí llamarlo “el santo cubano”, el proceso de canonización de Varela ha resultado prolongado y parece atravesar por dificultades. Quizás, más que la falta del milagro, algún obstáculo se encuentre en lo que hizo y lo mucho que escribió.

Aún cuando por un tiempo Varela tuvo el respaldo del obispo Espada, de posición mucho más abierta que el común del clero de entonces, su pensar y actuar le valió la incomprensión de la Iglesia, en particular dada la intransigencia de un mal interpretado nacionalismo del clero español, en su mayoría negado a la independencia cubana y en muchos casos decididamente opuesto a la ilustración. Si bien Varela no era propiamente un librepensador ni un anticlerical, como fueron sus seguidores con más claridad, sentó las bases de lo que ha sido característico en lo más sólido del pensamiento cubano de fines del siglo XIX y del XX.

Es un error, probablemente inducido por los asesores locales, decir que “la superficialidad o el anticlericalismo de algunos sectores en aquella época no son genuinamente representativos de lo que ha sido la verdadera idiosincracia de este pueblo”. Varias veces la iglesia cubana ha responsabilizado al libre pensamiento y especialmente a la masonería de la reducción de la influencia católica, sin abordar

autocríticamente con suficiente profundidad el alineamiento de la Iglesia con la Corona y otras conductas políticas posteriores y las deficiencias en la atención pastoral de zonas rurales y de sectores humildes urbanos, además de la concentración del clero en las principales ciudades y el hecho que la evangelización no pudo ser efectiva con los esclavos y su descendencia, mucho menos con la extinta población autóctona indígena, y ese desarraigo tuvo consecuencias posteriores en la cultura y la religiosidad cubanas.

La cultura cubana efectivamente se ubica en los marcos de la cultura occidental cristiana, por eso no es musulmana ni budista. No obstante, hay que considerar varios factores condicionantes.

En primer lugar, la cultura occidental, que logró imponerse en el mundo moderno por impulsos del capitalismo, el colonialismo, el imperialismo y sus transnacionales ahora en franco proceso globalizador, no es homogénea. El cristianismo tiene vertientes diferentes como también son distintas las culturas nacionales, y el mosaico cultural español ha tenido y tiene marcadas peculiaridades.

En segundo lugar, la cultura católica en Cuba estuvo mediada por las influencias moriscas y judaizantes en España y por el tipo de catolicismo “popular” portado por conquistadores y colonizadores, bastante alejado del misticismo y de la ortodoxia defendida eclesialmente, incrustado con leyendas medievales y “paganas”, permeable a la influencia africana; además, el estilo español determinado por la prolongada dependencia de la iglesia cubana hacia la española y la reducida composición criolla del clero, ha limitado la posibilidad de modos pastorales y criterios más ajustados a la realidad cubana en sus cambiantes contextos.

En tercer lugar, el protestantismo, integrante de la parte que llegó a ser dominante en el mundo occidental, arribó a Cuba tardíamente pero con fuertes recursos, montado sobre bases norteamericanizantes, con innegable capacidad de influencia en algunos sectores y resultados en la educación y por la prédica moralizante de corte pietista.

En cuarto lugar, aunque también de tardía entrada, el espiritismo ha logrado un grado de difusión que le posibilita intervenir en la conciencia social cubana de forma destacada, en especial en sus versiones popularizadas que a su vez han modificado la teoría espírita original.

Por último, muy importante, la cultura africana, bien diferente de la occidental en su cosmovisión, representaciones, símbolos, valores, formas de relación, religiosidad, modos artísticos, etc. Ha sido altamente influyente en la cultura cubana. Lo africano y lo español constituyen las raíces más antiguas de la cubanía, obviando la aborígen, aunque no las únicas y son los dos troncos etnoculturales principales pero no exclusivos.

En resumen, en la cultura cubana y en sus raíces, la religión tiene un importante lugar, aun cuando esa influencia sea heterogénea y no excluya concepciones antidogmáticas, librepensadoras, anticlericales, laicas, que caracterizan el pensamiento cubano más vigorosos de distintas etapas, al que en los últimos años se ha sumado al marxismo sin que, superando el dogmatismo ateizante, signifique una posición antirreligiosa.

Si entendemos por religiosidad el modo y el grado con que la religión –que como todo concepto es general y abstracto, portanto necesita ser operacionalizado- incide en la conciencia y conducta del creyente, es decir, el portador de las creencias y sujeto de las prácticas religiosas, y de grupos de creyentes, lo que no comporta un sentido peyorativo en oposición a la “religión verdadera” como aparece en alguna literatura, aunque sí conlleva distintos niveles de elaboración y de intensidad, entonces, se puede afirmar que la religiosidad predominante en el cubano, según revelan las investigaciones, no se identifica con la ortodoxia de ninguna forma religiosa organizada. Ella es, como la cultura cubana en general, síntesis resultante de un complejo proceso de transculturación.

Notas y referencias

¹ El criterio de una deseangelización, muy discutido, ha sido presentado por representaciones de grupos étnicos aborígenes en las Asambleas del Pueblo de dios que se han celebrado en distintos lugares de América Latina abordando el problema indio, negro y popular. La cuestión referida a la conservación de la religiosidad tradicional como parte de la identidad cultural de la emigración latina en Estados Unidos, está siendo abordada por académicos, especialmente de procedencia latina, como es el caso de PARAL (Program for Analysis of Religion Among Latinos)

² De la extensa obra del destacado sociólogo de la religión Francois Houtart, es recomendable su libro “Sociología de la religión”, editado por el CEA y Nicarao, La Habana y Nicaragua, 1996, en el que estos aspectos son expuestos.

³ Todas las citas del Papa y de la jeraquía local están extraídas de la edición en lengua española de “L’Osservatore Romano”, No. 5 (1.518), Ciudad del Vaticano, 30 de enero de 1998, dedicado a la visita de Juan Pablo II a Cuba.

⁴ Intervención en la Biblioteca Nacional, La Habana, 20 de junio de 1997.

⁵ Me inclino a favor de una crítica ponderada como la del común de los trabajos presentados en el Primer Foro Religioso Popular celebrado en Victoria del 14 al 16 de mayo de 1993, en especial las ponencias de Manuel Feijó, Adela Cortina y Michael Löwy-Rafael Díaz Salazar (en “crstianismo y Modernidad”, ed. Nueva Utopía, Madrid, 1993).

⁶ El concepto “transculturación” lo empleó por primera vez el sabio cubano Fernando Ortiz en su obra “Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar”. Posteriormente ha sido universalmente aceptado por su contenido más completo que aculturación o inculturación. Se entiende como un proceso de mutuas asimilaciones y aportes entre diferentes culturas.

⁷ Ver: Fariñas, Daisy: “Religión en las Antillas”, Editorial Academia, La Habana, 1996.

⁸ Céspedes, Carlos Manuel de: “¿Puede afirmarse que el pueblo cubano es católico o no?”, en Revista Temas, No.4, La Habana, 1995.

⁹ Otras veces he abordado este tema en su complejidad, como en: Ramírez, J.: “Religión y cultura. Las investigaciones sociorreligiosas en Cuba”, en revista Tema No.1, La Habana, 1995.